

¿Es posible la colaboración Iglesia-Estado en Cuba?

Rafael Hernández, director de la revista *Temas*, escribió para nuestra publicación, y a propósito de los 15 años de la carta pastoral “El Amor todo lo espera”, lo siguiente: “Los creyentes en el cristianismo y en el comunismo deben precaverse contra los excesos de su fe, la confianza desmesurada en sus propias ideas, a veces confundidas con la realidad o presas del voluntarismo... El mensaje pendiente, el de la autocrítica y la cooperación, nos debería convocar a todos”.

Creo conocer lo suficiente a Rafael Hernández como para percibir su mente abierta, su capacidad de diálogo y su posición contraria a un cierto dogmatismo ideológico que no ha dejado de revolotear entre nosotros. Quizás no haya mejor prueba que este testimonio suyo en **Palabra Nueva**, cuando otros, identificados comunistas como él, declinaron hacerlo.

Pero tal vez su llamado a la “cooperación”, que lo entiendo de modo distinto a aquel llamado a establecer “alianzas” entre creyentes y socialistas del siglo XXI—sobre lo que comenté en edición anterior—, encuentre no pocos obstáculos precisamente en una idea recogida en su propia afirmación: la igualdad que se establece entre *creer en el cristianismo* y *creer en el comunismo*.

El comunismo no es una religión, aunque no son pocos los que atribuyeron al comunismo dogmas y una pretendida escatología que anunciaba un futuro de bienestar, siempre abstracto e indefinido, pero nunca alcanzado. Y quizás esto fue así porque ni siquiera la llamada ideología del materialismo científico pudo privar al hombre de su naturaleza religiosa, expresada entonces de un modo más simple: la creencia en un futuro que será mejor que el presente, pero sin certeza alguna, salvo que el presente es solo de sacrificios.

El cristianismo sí es una religión. No es lo mismo decir “*creo en Jesucristo*” y “*creo en la Iglesia*”, que decir “*creo en Marx*” o “*creo en el comunismo*”. Y aun para los cristianos, la escatología, lo que habrá de ocurrir cuando alcancemos la plenitud de los tiempos, “el cielo nuevo y la tierra nueva”, se cumple ya en el tiempo presente con la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, así como en la vida sacramental y de fe de los miembros de la Iglesia.

Estamos hablando, por tanto, de realidades, intereses y fines distintos, uno de dimensión “vertical” y otro de dimensión “horizontal”, por decirlo de un modo más sencillo, si bien esas realidades, intereses y fines pueden coincidir en la convivencia de las mismas personas que comparten espacio y tiempo.

Dicho lo anterior, es posible entonces acercarnos al reto de la posible “cooperación” entre cristianos y no cristianos, una colaboración entendida en bien de la sociedad cubana y de todos quienes compartimos este espacio y este tiempo, algo superior y mucho más valioso que los proyectos políticos y las ideologías, porque es esta colaboración el ingrediente necesario a todo proyecto social de amplia base, fruto del consenso y el respeto de las diferencias. No se trata de negar las ideologías, sino de saber que ellas deben estar al servicio de los cubanos, y no al revés.

Hay un campo en Cuba, ciertamente limitado, restringido y bastante poco comentado, que constituye un buen ejemplo a pequeña escala de lo que se puede lograr a través de la colaboración: el campo de la asistencia social. Existen varios hogares de ancianos administrados por sus propietarios no gubernamentales, es decir, comunidades religiosas tanto masculinas como femeninas, que atienden a varios cientos de personas mayores, con familia o sin ella. En estos lugares algunos pagan, pero los que no pueden pagar también están allí; no se mira si el anciano es católico o no, basta que se le considere necesitado y será admitido—si existe capacidad para ello, claro está. Estos hogares de ancianos reciben buena parte de su cuota alimenticia, de artículos de higiene y medicamentos, por subsidios estatales, lo cual no es poco. Pero de este tipo de institución asistencial existen solo unos seis o siete en La Habana, y uno en Camagüey, mientras la voluntad por parte de estos religiosos, y de la Iglesia en general, de aumentar este servicio social en otros lugares del país está sobre la mesa. ¿Por qué no posibilitar que la Iglesia aumente su colaboración en este campo, máxime cuando la demanda crecerá en los próximos años? Hace apenas unas semanas, en uno de los acontecimientos religiosos más importantes de toda la historia de la Iglesia en Cuba, y ante la presencia del presidente Raúl Castro Ruz, fue beatificado el padre Olallo, lo que indica que no solo la Iglesia se siente honrada con él. Abandonado por sus padres, acogido y formado por religiosas y religiosos, Olallo es ejemplo magnífico de caridad encarnada, reconocido ya en todo el mundo por esa capacidad de servicio de la Iglesia a la sociedad en el área de la salud pública.

Otro campo en el que la Iglesia puede colaborar es en el de la educación. Lo hizo antes en Cuba, y lo podría volver a hacer. Su experiencia es amplia y antigua en este campo. Incluso, un país socialista como Vietnam, se beneficia hoy

de centros educacionales y de preparación técnica para jóvenes que están en manos de religiosos. No es difícil averiguar cuántos padres querrían que sus hijos asistieran a tales centros educacionales en Cuba y, si es voluntad de los padres, ¿por qué no corresponder debidamente, lo que estaría en sintonía con algunos compromisos adquiridos por Cuba en materia de libertad religiosa? Es cierto que este es uno de los campos más celosamente protegidos de las últimas cinco décadas, pero, en las condiciones actuales, cuando se pretende superar un cierto dogmatismo ideológico y lo de “opio del pueblo” ha quedado atrás, ¿alguien de verdad cree, o puede sostener sensatamente, que la participación religiosa en la educación constituye una competencia peligrosa para la sociedad cubana? Por otro lado, una escuela católica exclusivamente para ricos, o para católicos, no tiene posibilidades ni en Cuba ni en el mundo moderno; y ni siquiera es necesario devolver propiedades inmuebles expropiadas hace más de cuarenta años, pues en ocasiones bastaría con invitar a educadores católicos —consagrados o no— a colaborar en los centros educacionales abiertos hoy.

He aquí pues, campos para una posible colaboración entre la Iglesia y el Estado: la asistencia social, la salud y la educación, sea mediante la ampliación de proyectos que ya existen y la posibilidad de abrir nuevas vías de colaboración de amplio beneficio para la toda la sociedad.

Es cierto, por otro lado, que nuestra convivencia ha estado sobresaturada de desconfianzas, recelos y temores mutuos. Es cierto también que no fueron los creyentes quienes hicieron las leyes, ni establecieron las directrices políticas, ni declinaron voluntariamente los “puestos de confianza”, todo lo cual estableció un sedimento social de prejuicios y perjuicios que nos ha conducido a una especie de fronteras internas nada útiles, parcelaciones enraizadas en las mismas neuronas, como códigos no escritos pero muy practicados.

Los cristianos sabemos que el compromiso con Dios no puede desconocer el compromiso con la realidad social y humana en la que nos encontramos. Esforzarse por la mejora social, las buenas relaciones, la honestidad y el respeto a la ley justa está en el tuétano mismo del cristianismo. No es que seamos santos por colgarnos una cruz en el pecho o ir a misa los domingos, pero sabemos que el compromiso por dar lo mejor de nosotros mismos allí donde estamos es una exigencia en nuestra vida de fe. Sin embargo, esto debería ser correspondido de algún modo por la sociedad y sus leyes.

Por tanto, un buen modo de comenzar a restablecer poco a poco la confianza mutua y de avanzar en la colaboración es, por un lado, dejar de percibir el cristianismo como un competidor político que pretende alcanzar su realización plena en este mundo mediante una teocracia; y por otro lado, crear los espacios que den oportunidad y promoción al mérito por encima de las convicciones religiosas y políticas, así como dejar de percibir y juzgar las religiones por su aparente adhesión “revolucionaria”. Mientras tal criterio prevalezca, los cristianos, y la religión en general, continuarán siendo

considerados como potenciales enemigos, al tiempo que seguirá siendo difícil para un cristiano sentir confianza en la sociedad donde vive.

Si el socialismo pretende seguir siendo una alternativa válida, un socialismo democrático sería lo más conveniente. En una conferencia titulada “Europa, Política y Religión”, pronunciada en el año 2000 en Berlín, el entonces cardenal Joseph Ratzinger expresaba que, “en muchas cosas, el socialismo democrático estaba y está próximo a la doctrina social católica, y en cualquier caso ha contribuido notablemente a la formación de la conciencia social (...) En cambio, el modelo totalitario se asoció a una filosofía de la Historia estrictamente materialista y atea”, por tanto, sus consecuencias en el campo social producen una ruptura en la tradición moral de la Humanidad, por lo que “el ser humano puede convertirse en un instrumento; no cuenta el individuo, solo el futuro que se convierte en una terrible divinidad, que dispone de todo y de todos”.

Puede afirmarse que una colaboración necesaria demanda también una correspondencia desde el ámbito cristiano. Pero de hecho, no pocos de quienes se reconocen como socialistas participan ya de la vida de la Iglesia junto a quienes piensan de modo distinto, y la Iglesia no los ha rechazado, ni condicionado su presencia, ni sometido su declaración de fe a un exhaustivo análisis de verificación, lo que precisamente manifiesta la naturaleza eclesial, ubicada en un plano que supera todo sistema de divisiones humanas. Entre los cristianos de hoy es posible encontrar tanto la crítica a la “revolución” como la crítica desde la “revolución”, pero quien realiza el proceso de conversión auténtica sabe que todo eso queda reducido a nada ante la realidad de Cristo que *es todo en todos*. Otra cuestión sería la crítica que, desde una ética cristiana, se haga a determinadas prácticas manifestadas en la sociedad cubana. Bien, pues eso ocurre lo mismo en Cuba que en Italia, en Venezuela y en los mismos Estados Unidos. Todo cuanto fomenta el odio, la injusticia y la división entre las personas o las sociedades humanas, así como el aplastamiento del individuo por la masa o la omisión de las minorías, suele provocar una denuncia eclesial que siempre coloca al hombre, sea quien sea y piense como piense, por delante de cualquier otra prioridad. Sin embargo, es bueno para los cristianos no olvidar que, para la Iglesia, el anuncio siempre será más importante que la denuncia. Dios habla y se manifiesta de maneras diversas y a través de personas diversas, pero *siempre habla y se manifiesta*. Estar atentos a los planes de Dios —no a los nuestros— en nuestra sociedad, es casi tan importante como decir nuestras oraciones.

En última instancia, se trata efectivamente de personas, cristianas o no, comunistas o no, quienes de modo conjunto podemos y debemos elaborar, y poner en práctica, el mensaje convocante de la autocrítica y la colaboración. Cuando empecemos a andar en esa dirección —y *el momento es ahora*—, habremos dado nuestro primer gran paso hacia el siglo XXI, el salto necesario en la consolidación de nuestra nación. Ω